

A high-angle, black and white photograph of a person lying face down on a set of stairs. The stairs are part of a dark, industrial-looking structure with metal railings and support beams. The person is wearing dark clothing. The overall atmosphere is somber and mysterious.

LA BALLENA

Nadie abandona el juego

AZUL

Emma Mars

LA BALLENA AZUL
NADIE ABANDONA EL JUEGO

Copyright © 2020 Emma Mars

Fotografía de portada: image by Free-Photos from Pixabay

Todos los derechos reservados.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente prohibidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler de la obra o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

PARTE I

—El corazón, Querol, el corazón...

—¿Qué le pasa?

—Lo tienes demasiado caliente. Tienes que enfriarlo o sufrirás mucho en este oficio, niña.

Capítulo 1

Balma abrió la carpeta para repasar las transcripciones de los interrogatorios de los últimos casos, repasando los detalles una y otra vez para asegurarse de que el papeleo estaba en orden. Tenía los auriculares puestos. En el móvil, se escuchaba *Creep*, de Radiohead. El tren viajaba a toda velocidad, como si de un momento a otro se fuera a despegar de los raíles, tomar impulso y salir volando hacia su destino. Trató de concentrarse en el informe, pero le resultó tan aburrido que no pudo evitar bostezar.

Echó un vistazo al hombre que tenía enfrente y se preguntó si en algún momento le habría entrado curiosidad por leer el contenido del informe mientras ella dormía. A su manera de verlo, era aburrido, pero para un viajero común podían resultar fascinantes algunas de aquellas anotaciones: «Tráfico de cocaína», «Diez kilos incautados», y otros datos sobre la última persecución que habían hecho a través de la peligrosa costa gallega.

El hombre, al verse observado, trató de esbozar una sonrisa amigable.

—No te gusta viajar, ¿verdad? —preguntó, entablado conversación.

—¿Qué le hace pensar eso?

Balma había olvidado cómo algunos desconocidos hablaban por el mero placer de hablar. Le disgustaba ser abordada por extraños, incluso si tenían cara afable, como la de aquel pasajero, un ciudadano común, de mediana edad, algo rechoncho y mal afeitado, que se mostró educado con ella.

Malhumorada, torció la cabeza para echar un vistazo por la ventanilla.

El paisaje hacía tiempo que había cambiado. Ya no quedaba ni rastro de las verdes praderas del norte, del horizonte montañoso y encapotado. Ahora grandes extensiones de tierra yerma y color parduzco se extendían ante sus ojos. A lo lejos, cerros bajos y rocosos, el sol brillando sobre un poderoso azul. La vida urbana no tardaría en tomar forma y pronto estarían en casa. Había hecho ese viaje suficientes veces para saber que se encontraban cerca.

—¿Sabes cuál es el secreto de aguantar tantas horas aquí sentado? —insistió el hombre—. Mirar por la ventanilla y pensar en negro.

—¿En negro?

—Ya sé, ya sé. Suena estúpido, pero no se trata de dejar la mente en blanco, sino de pensar en negro. Como en el vacío, ¿comprendes? Confía en mí: llevo años haciéndolo.

—Muy bien.

Ella se levantó para tomar su mochila del compartimento superior. El desconocido puso cara de terror y desconcierto. Al principio no fue capaz de comprenderlo. Poco después recordó la pistola sujeta a su cinturón. La culata se le había clavado durante la siesta improvisada. Balma puso una sonrisa burlona.

—No pasa nada. Soy policía: confía en mí, llevo años haciéndolo —dijo, guiñándole un ojo.

El viajero le devolvió una mueca trémula y se encogió en su asiento. Pareció aliviado cuando vio que Balma recogía su petate y se alejaba hacia el fondo del vagón.

¿Dónde estaría Russell? Su compañero había ido al vagón restaurante, pero de eso hacía más de media hora. «Necesito un café», le había dicho antes de desaparecer, «esta mierda de tren me está matando».

No podía culparle. El viaje era largo y el presupuesto, bajo: doce horas de tortura para atravesar el país de punta a punta. Llevaban meses suplicando que los dejaran viajar en avión cuando las distancias eran tan largas, pero casi siempre se encontraban con excusas peregrinas acerca de ahorrar en desplazamientos e invertir en plantilla. Por lo que ella sabía, la plantilla seguía siendo la misma. Lo único

que había cambiado era el dolor de espalda que le producía viajar en aquellos incómodos vagones, tras haber concluido una exigente misión.

Balma empezó a notar la adrenalina abandonando con rapidez su sistema nervioso. Se encontraba agotada, con el cuerpo entumecido, y le costó esfuerzo cargar con la mochila, mientras atravesaba los vagones tratando de no perder el equilibrio.

Descartó la posibilidad de que Russell se hubiera largado, como aquella vez en la que se había apeado en Córdoba sin mediar palabra. «Estaba hasta los huevos de tanto tren», le había dicho cuando por fin se reencontraron en Málaga un día después, a punto de desplegar un operativo policial solo para encontrarlo. Pero esta vez no sería así. Estaban cerca y Russell estaría tan desesperado como ella por llegar a casa.

Cruzó dos vagones más en dirección al restaurante, pero seguía sin haber rastro de él. Balma tuvo que llegar hasta el décimo vagón, casi el final del convoy, para encontrarlo. Ni siquiera se sorprendió al verlo sentado en el suelo, en el espacio entre vagones. Russell tenía un cigarrillo sin prender colgado de los labios y charlaba con una adolescente de larga melena negra que le observaba con atención.

Balma se quedó rezagada unos pasos, apoyó el hombro contra la puerta del baño y observó la escena con diversión.

—¿Y qué llevas en esa bolsa? ¿Una metralleta?

La chica señaló una enorme bolsa negra. Era un modelo normal, una bolsa de deportes que Russell llevaba consigo a todas las misiones. En el tiempo que llevaba a su lado, Balma no le había visto otra. Un par de mudas, unas camisetitas interiores, calcetines, crema de afeitar, cuchilla y poco más.

—Puede —dijo Rus con expresión misteriosa—. ¿No me crees?

La chica se encogió de hombros.

—Creo que eres un poco fantasma. Si de verdad fueras policía, no podrías decírmelo, sería un secreto.

La adolescente se levantó en ese momento, dando la conversación por concluida. Se colocó la melena sobre un hombro, abrió la puerta del vagón y regresó con sus amigas, un grupo de chicas igual de jóvenes que ella.

Balma sonrió. Se adelantó unos pasos y alargó el brazo para ayudarle a incorporarse. Russell tomó su mano sin demasiado entusiasmo.

—¿Haciendo amigos?

—¿Qué te parece? Esa mocosa no se ha creído ni una sola palabra —Sonaba ofendido, pero en realidad sonreía.

—Me parece que eres demasiado mayor para tratar de impresionar a una adolescente.

—¿Quién lo dice? ¿Tú?

—No. Lo dice la ley de protección del menor —se burló Balma—. Además, no deberías ir por ahí contando quién eres.

Rus recogió la taza de plástico del suelo. Le dio un sorbo a su café, que ya estaba frío, y la tiró en la papelera.

—Aunque no lo creas, no le he desvelado un secreto de estado —se defendió—. Soy policía, ¿y qué? Relájate un poco, ¿quieres? Solo son unas niñas.

Niñas o no, las adolescentes parecían estar pasándoselo en grande a costa de Russell. Balma echó un vistazo al interior del vagón a través de la puerta acristalada. El grupo miraba en su dirección, cuchicheaban y se reían. Las adolescentes modernas no eran tan inocentes, Russell tendría que mejorar si quería impresionarlas.

—¿Has llamado a Susana? ¿Le has dicho que vuelves a la ciudad? —le preguntó.

Su compañero chasqueó la lengua y puso una mueca de fastidio. Eso significaba que no.

—Rus, todavía podrías arreglarlo...

—¿Y qué más da? Ella seguramente ya estará con otro. Déjalo estar, es agua pasada.

Balma comprendió que no era el momento de hablar del tema, pero no pudo evitar preocuparse al advertir el gesto de dolor que cruzó la frente de su compañero. ¿Cuánto

tiempo llevaba así? Un año, como mínimo, pero la relación con su mujer seguía empeorando.

—Como quieras —dijo, zanjando la conversación. Miró su reloj de pulsera—. ¿Lo tienes todo? Estamos llegando.

Russell levantó su bolsa negra y se la colocó sobre el hombro.

A los cinco minutos el maquinista empezó a decelerar y el tren fue perdiendo fuerza sobre los raíles. Balma no podía esperar a que las puertas se abrieran. Quería sentir la brisa acariciando su cara, los rayos de sol dilatando sus pupilas, ya casi podía sentir el calor mediterráneo en su piel. Estaba en casa, por fin en casa. Y el futuro inmediato prometía varios días libres para emplear en aquello que deseaba. Jugaría a la consola, pasaría tiempo con Cadete, su perro, y con Verónica, su mejor amiga. Se daría un par de baños en la playa cuando cayera la noche y el arenal quedara libre de turistas. Y aunque nadie en su sano juicio la tacharía de una avezada cocinera, haría el esfuerzo de preparar alguna comida sana pero llena de sabor. Eso era todo. Balma no aspiraba a nada más durante sus vacaciones y, sin embargo, no podía esperar a que comenzaran por fin.

—¿Qué harás estos días? —se interesó.

Él se ajustó el cigarrillo en los labios. Hacía años que Rus no fumaba, pero de vez en cuando mordía un cigarrillo que nunca llegaba a encender. Decía que eso le ayudaba a combatir la tentación, el vicio.

—Nada —replicó él. Se colocó la bolsa al hombro. El tren se detuvo y el botón de la puerta empezó a parpadear. Russell hundió el pulgar en el botón para abrirla—. Nada de nada.

Exactamente.

Nada de nada, pensó Balma con una sonrisa.

Capítulo 2

—He quedado esta noche.

Balma asintió con la cabeza. Había escuchado lo que su padre acababa de decirle, pero de manera distraída, casi ausente; sus palabras se perdieron como una neblina que atravesara el salón de la casa familiar. Aferró el mando de la consola con fuerza. Un ser invertebrado la atacó justo en ese momento, mientras intentaba colonizar aquella extraña tierra alienígena de suelo rocoso.

—Bal, ¿me has escuchado? He dicho que he quedado esta noche —insistió la voz a sus espaldas.

Adiós concentración. El ser invertebrado acababa de deglutirla con sus fauces horripilantes. Otra vez.

Balma suspiró. Echó la cabeza hacia atrás, frustrada. De regreso a la realidad, fue capaz de percibir la figura de su padre por el rabillo del ojo. Se giró lentamente y sus ojos se abrieron con sorpresa. Un suave aroma a *aftershave* flotaba en toda la estancia.

Manuel dio un paso atrás, algo avergonzado al sentir los ojos de su hija fijos en él, observándolo como si nunca hubiera visto nada igual.

—No me mires así, no tengo monos en la cara.

—Estás muy guapo. Y hueles muy bien. ¿Quién es la afortunada dama?

—Eso... no es de tu incumbencia.

—¡Oh, vamos! ¿De veras vas a quedar con una mujer después de... cuánto... *mil años* y no vas a decirme quién es? —Dejó el mando de la consola a un lado. Se levantó y dio un par de pasos para admirar de cerca a su padre. Una placentera ola de amor y alegría la recorrió en ese momento—. Estás muy guapo, de verdad —insistió, tomándole una mano para darle seguridad.

—Quizás no debería...

—Claro que debes. No digas tonterías.

—Pero tú... Estás poco en casa... y a lo mejor no quieras estar sola. ¿Has quedado? ¿Tienes planes esta noche?

Balma percibió por primera vez la luz que entraba por la ventana. Estaba anocheciendo y ni siquiera se había dado cuenta. Una agradable puesta de sol veraniega acariciaba las coloridas fibras de la alfombra del salón con sus tonos anaranjados. El aire olía a verano, a aventuras, a posibilidades, pero no tenía ganas de ninguna de ellas. Había pasado demasiadas veladas en cuchitriles de mala muerte y el cuerpo le pedía a gritos descansar, quedarse en casa. Como mucho, daría un paseo a Cadete para que finiquitara sus necesidades del día y luego se dejaría caer en el sofá como si su vida dependiera de ello.

—Manuel, ya no soy una niña, soy una adulta. Y no, no he quedado, pero tampoco me apetece.

—Pero yo...

—Ya está. No se hable más —le ordenó Balma. Su padre iría a esa cita costase lo que costase—. Vas a ir a esa cita y vas a pasártelo bien. Mañana tenemos todo el día para disfrutarlo juntos si quieres, pero esta noche es para ti, ¿entendido?

—A sus órdenes, subinspectora —se burló él.

—Muy gracioso.

Manuel asintió y le dio un beso en la frente a su hija. Tomó la cartera de lo alto del aparador de la entrada y se palpó los bolsillos del pantalón asegurándose de que llevaba llaves.

—¿Seguro que estarás bien?

—Sí, pesado.

—Cena algo.

—Pizza guarra y helado.

—Me refería a comida de verdad.

—¡Yo también!

Manuel puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar sonreír. Balma... La incorregible Balma. Tan salvaje como maravillosa, tan terca como determinada, tan suya como el corazón que latía en el lado izquierdo de su pecho. A veces se preguntaba qué habría sido de él sin el cariño de su

apreciada única hija. Abrió la puerta y la cerró a sus espaldas, dejándola en el interior, libre de culpabilidad ahora.

Balma recuperó su sitio en el sofá. Se sentía agotada. Tenía los músculos entumecidos y la cabeza embotada. Para empeorarlo todo, aquellos días las pesadillas se sucedían, una tras otra, casi siempre las mismas. Había intentado ubicarlas en lugar y tiempo, pero no lo conseguía. Lo único que recordaba con claridad era la imagen de aquel hombre, mirándola con ojos fríos, una lacerante cicatriz en la mejilla derecha. El hombre la apuntaba a sangre fría con el cañón de una pistola. La luna estaba llena y una luz plateada rielaba extrañamente sobre la rugosa superficie de su cicatriz. «Zorra entrometida», decía él. Después, el chasquido del gatillo, la pistola que se disparaba. No podía ver el recorrido de la bala, pero iba directa hacia su frente, sin darle oportunidad de agacharse o quitarse de su trayectoria.

Solía despertarse en ese momento, con un grito ahogado en la garganta y el cuerpo empapado en sudor.

Desconocía la procedencia de aquel extraño sueño. Había vivido situaciones intensas en el Cuerpo Nacional de Policía, pero ninguna de ellas le resultaba tan escalofriante. En el sueño, se quedaba paralizada, no podía moverse, el miedo recorría su cuerpo como una fría descarga. Maldito hombre de la cicatriz... ¿Por qué secuestraba sus sueños?

Cerró los ojos para quitarse la imagen de la cabeza. Estaba en casa, a salvo. Debía hacer lo posible por apartarla de su mente. La ventana. Estaba abierta y la vecina cantaba. Tenía una voz preciosa, envolvente. Cantaba bajito, casi un susurro para sí misma o la nana que se le dedica a un bebé para ayudarle a conciliar el sueño. Balma se relajó casi de inmediato. *Es solo una pesadilla. Solo una pesadilla*, se repitió en silencio, la melodiosa voz del piso de arriba colándose entre las cortinas de hilo blanco que cubrían la ventana.

Caminó hasta la cocina y sacó su teléfono móvil del bolsillo trasero de sus vaqueros. Un mensaje de voz de Rus. Varios de su amiga Verónica. Rus estaba profiriendo insultos sobre su ex y Verónica le proponía quedar esa noche.

Al primero le animó a que se calmara y dejara de beber. Ese camino solo conducía a problemas. Se disculpó con su mejor amiga, alegando que estaba muy cansada, lo cual era cierto, pero estaba de vacaciones; podían tomarse un café uno de esos días.

Cerró la aplicación de mensajería y abrió la de la comida a domicilio. Había una enorme pizza barbacoa que tenía escrito su nombre, y un helado Ben & Jerry's con trocitos de chocolate que conseguía hacerle la boca agua. Pulsó el botón de pedido y pensó que ya lo quemaría todo cuando no le quedara más remedio que regresar al gimnasio para no perder la forma.

Capítulo 3

—¿Y ella qué dijo?

Rus la cogió en ese momento desprevenida. Empleó toda su fuerza bruta. La tomó por el hombro y le hizo una llave que acabó con la espalda de Balma sobre la colchoneta. Ella intentó moverse y forcejear, pero Rus era un cachalote de un metro noventa y ochenta y cinco kilos de músculo: una hormiga jamás sería capaz de levantar un elefante a pulso. Estaba inmovilizada. Pataleó con enfado, pero no consiguió moverse ni un solo centímetro. El aire despedía un olor reconcentrado a plástico de colchoneta y camiseta sudada.

—¿Te rindes? —le dijo él con una sonrisa triunfal.

Balma lo intentó y nuevamente fracasó. Apretó los dientes con fuerza, sabiendo que no podría desprenderse de su abrazo, aunque así lo desease. Rus la liberó y se tumbó a su lado, en la colchoneta, gotas de sudor resbalaban por sus sienas.

—Dijo que soy libre para hacer lo que quiera —dijo Rus con la respiración entrecortada, los ojos fijos en el techo del gimnasio. En el extremo opuesto, un grupo practicaba movimientos de defensa personal. Se escuchaba el sonido de la goma de las zapatillas de deporte chirriando contra el suelo del gimnasio—. Que ella no es nadie para decirme con quién salir y con quién no, y que, por tanto, yo tampoco lo soy.

Balma se limpió el sudor de la frente, giró la cabeza sobre la colchoneta y observó el perfil de su compañero. En su opinión, el tema estaba yendo demasiado lejos. Si Rus no tomaba distancia con Susana, acabarían haciéndose daño y quizá esta vez sería irreparable. Sintió ganas de decirle que tenía que tomar las cosas con calma, darle espacio, no agobiarla, si es que deseaba reconquistarla, pero se estaba quedando sin argumentos y prefirió guardar silencio.

—No sé, Bal, quizá ella tenga razón. Lo que tengo que hacer es dejarlo pasar y ya está. El otro día se me fue otra vez de las manos.

—Me preocupa eso —admitió Balma.

—¿Lo de Susana?

—También, pero sobre todo que tengas la necesidad de beber cada vez que algo va mal con ella. No puedes seguir así, Rus. Podrías meterte en un lío.

«Lo sé», iba a decir su compañero, pero sus labios apenas se movieron y no consiguieron articular palabra. Alguien acababa de aproximarse a ellos. Se detuvo al borde de la zona acolchada y su voz atronadora se amplificó en su dirección.

—Russell, Querol, ¿unas palabras?

Rus y Balma cruzaron una mirada confundida. La poderosa figura del inspector jefe se elevaba como un gran roble sobre sus cabezas. Si él estaba allí, reclamándolos justo en aquel momento, no podía ser buena señal.

El despacho de Mariano Gallego era un sitio oscuro, tan espartano como su dueño, decorado con muebles desparejados que habían visto tiempos mejores. Tenía un ventanuco minúsculo que daba acceso al patio de luces por el que apenas entraba la luz. Las pocas veces que estaba abierto, se podían escuchar las conversaciones de las vecinas cuando colgaban la ropa. Cansado de que frases tan prosaicas como «a mi Paco le duelen los riñones, otra vez el dichoso lumbago» y «todo el día dejando los calzoncillos sucios en el suelo, te juro que ya no sé qué hacer con este hombre, Juani» interrumpieran importantes reuniones policiales, el inspector mantenía el ventanuco cerrado a cal y canto. Pero era verano y hacía un calor tan infernal en las instalaciones de comisaría que Balma no pudo evitar marearse ligeramente cuando entró en el despacho de Gallego y se vio privada de aire fresco.

El inspector jefe les hizo un gesto rápido para que tomaran asiento. Parecía tener prisa. Fue hasta una taquilla de metal que albergaba cientos de casos archivados y extrajo una carpeta amarilla. Gallego comenzó a hojear varios pa-